



Día de
San Valentín
de...

Lisa Aidan

DÍA DE SAN VALENTÍN DE...

Lisa Aidan

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Día de San Valentín de...*

© *Lisa Aidan*

ISBN: B019UB56ZI

Primera edición en papel enero 2016

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Edición y maquetación: *Alexia Jorques*

*“Te amo para amarte y no para ser amado,
puesto que nada me place tanto como verte a ti feliz.”*

George Sand

Agradecimientos

Quisiera aprovechar este espacio para dar las gracias y dedicarle este libro a Mr Husband.

Eres todo lo que podría haber imaginado de pequeña al pensar en un compañero para toda la vida (si es que alguna vez lo hice) y más.

Empezamos nuestra relación un mes de Febrero de hace diez años y tengo que decir, que no cambiaría nada.

El camino que hemos recorrido, personal, individual, en pareja y en familia, nos ha llevado a donde estamos hoy.

A mí escribiéndote estas líneas y a ti leyéndolas.

Son muchos los momentos que hemos creado, una eternidad en mi corazón; solo por ellos ya valdría la pena, aunque no dudo ni un minuto que lo mejor está por llegar.

Así que te doy las gracias, no solo por el amor que ya siento, por el que me has hecho sentir si no, también, por el que sentiré en un futuro, próximo y lejano, porque mi amor, yo sé que tú serás el causante de él.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Charlie y los bombones de chocolate](#)

[Primer San Valentín en pareja](#)

[Un trago amargo](#)

[Un regalo inesperado](#)

[San Valentín de guardia](#)

[El San Valentín más largo](#)

[Sobre la autora](#)

[Novelas](#)

[Cuentos Infantiles](#)

[Relatos Cortos](#)

[Microrrelatos](#)

[Guiones](#)



Charlie y los bombones de chocolate

Más valía que la receta que había estado practicando y aprendiendo el último mes diera resultado. Charlie había decidido que no podía esperar más, que ya era el momento de confesar la verdad y pedirle a Lia, su vecina y amiga, que salieran juntos.

Para ello había estado visitando varias páginas web de ayuda para ligar, donde había encontrado los más variopintos consejos, incluso sortilegios.

De las web de consejos, había pasado a You Tube, al descubrir un video en una de ellas, eso había abierto un mundo nuevo ante él.

Al final, había optado por seguir su propio instinto (y no porque lo dijera el hombre con pinta de militar que salía en el último video que vio), se declararía de forma directa y sincera.

En algún momento se le había ido todo de las manos.

Tal vez cuando estuvo hablando con Lia tras salir de ver una película en el cine, y ésta le dijo que se iba a apuntar a una de esas páginas web de citas.

De acuerdo, quizás no había sido la mejor idea de su vida registrarse en esa misma web con otro nombre y una fotografía falsa; se dijo que era para protegerla, pero lo cierto era que cuando ella empezó a hablar con él por mensajes privados en el chat de la web, no le dijo nada.

Ni tampoco aclaró ese embrollo después.

De eso hacía unos días, y no sabía muy bien cómo había terminado pidiéndole una cita para San Valentín. Pero haciéndose pasar por Mick, el de la web. Ahora ya no había vuelta atrás, llevaba tiempo planificando declararse en San Valentín, y con esta situación a punto de estallarle en la cara, pensó en hacer algo él mismo.

¿Y qué quieren todas las mujeres en San Valentín?

Pues que se les haga algún regalo especial.

En ese mismo hilo de pensamiento, se dijo: ¿qué hay más especial que unos bombones caseros?

—Nada. No tienen nada de especial. Porque son feos, malos y ¡no me salen!

Después de un mes había aprendido dos cosas:

Que jamás cocinaría bien y que la imagen que acompaña la receta no guarda ningún parecido con la realidad.

Estaba sentado en el sofá, esperando a que sonara el reloj de cocina que había programado para que no le pasara como la última vez.

¿Que qué le había pasado la última vez?

Qué no le había pasado en su cocina los últimos días, más bien.

Se quemó con el cazo, derramó casi la mitad del chocolate fundido, la primera tanda que llegó al congelador, quedó demasiado líquida.

Una vez se quedó dormido y olvidó la bandeja en el congelador toda la noche y casi todo el día siguiente, resultado: cubitos de chocolate.

En las siguientes pruebas fue mejorando su consistencia. Cuando logró un bombón medianamente consistente, alegre, lo probó para escupirlo al momento.

Había olvidado el azúcar. Así, un día tras otro.

Estaba harto de su cocina y lo peor era que no podía preguntar a la única persona que podría ayudarlo: Lia.

El reloj de cocina sonó; como un resorte, salió disparado hacia la puerta del congelador, la abrió y con el mayor cuidado extrajo la bandeja sobre la que reposaba el molde.

Uno a uno, retiró los bombones, la consistencia parecía correcta.

Próximo test: el de sabor.

Cogió uno de los bombones con forma de medio círculo (era el único molde que encontró en la tienda) y le dio un buen bocado.

—Bueno. —Le daba vueltas en la boca, paladeándolo —. Tampoco está tan mal. Espero que le gusten los bom-

bones densos. —Añadió, limpiando con la punta de la lengua los restos que se le quedaban adheridos a las muelas.

Alzó la vista hacia el reloj que colgaba en la pared.

No había más tiempo para pruebas, debía recogerlo todo y colocarlo en la caja de regalo que había comprado. En cuanto los tuvo colocados, cerró la caja y para evitar accidentes, la selló con un poco de celo en el borde.

—Será mejor que me dé prisa o no llegaré a tiempo.

Había quedado con Lia en un restaurante francés bastante romántico. Al hacer la reserva, especificó que la sentaran de espaldas a la puerta.

No quería que lo viera llegar y estropear el efecto de la sorpresa.

A toda velocidad se duchó, se cambió de ropa por unas prendas un poco más elegantes y minutos después de haber escuchado cerrarse una puerta en el rellano, salió al pasillo con la caja de bombones en una mano, cerrando la puerta de su casa tras de sí.

Presionó la oreja en la puerta de Lia al pasar por delante, no escuchaba movimiento alguno; buena señal, eso es que ya habría salido.

No estaba seguro de qué era lo que iba a decir en cuanto la viera, solo esperaba poder explicar la situación sin que los bombones, que tanto trabajo le habían costado, terminaran en su cabeza y en su cara.

Llegó al restaurante hecho un manojo de nervios, ella ya estaba esperando en la mesa, de espaldas a la entrada, tal y como habían acordado con el camarero.

Y allí, de pie en medio de la sala, se quedó en blanco.

¿Y si Lia se reía de él? ¿Y si se enfadaba?

¿Esos golpes que escuchaba a todo volumen en sus oídos eran los latidos de su corazón o un martillo neumático?

No se echaría atrás. Esta noche saldría de dudas, esta noche sabría si le gustaba a Lia.

Si llegaría a gustarle algún día.

Los pasos continuaron acercándole hasta ella aunque su mente se hubiera paralizado para luego empezar una carre-

ra frenética de imágenes, a cada cual peor, acerca del próximo desenlace.

—Buenas noches, Lia —dijo depositando la caja con los bombones frente a ella.

Su amiga se volvió a mirarlo con la sorpresa dibujada en cada línea de su mirada.

—¿Charlie?

—No te enfades. Son caseros. Los he hecho para ti —dijo a modo de disculpa.

—¿Qué?

—Bombones. Son bombones —aclaró.

—¿Qué haces aquí? —Sonaba incrédula.

—Te vas a reír...

—Charlie, hemos visto las suficientes películas y series los dos juntos para saber que cuando alguien dice eso, lo que sigue, no hace ninguna gracia precisamente.

—Verás, yo soy Mick.

—Yo soy Mick, ¿cómo en el título de una película o como en: he estado engañando a mi amiga para reírme de ella?

—No, para nada, Lia. Bueno, sí, supongo que te he engañado un poco... —La joven se levantó de la mesa para irse, visiblemente enfadada—. ¡Espera! No te vayas. Déjame explicarte.

La tomó del brazo; con gesto esquivo, volvió a sentarse.

—No fue a propósito. Yo solo quería invitarte a cenar y... —Respiró hondo, el momento de la verdad había llegado—. Decirte lo maravillosa que me pareces. Eres preciosa, ¿lo sabías? —La mujer delante de él lo miraba de hito en hito.

—¿Qué estás diciendo, Charlie?

—Lo que oyes. Yo... Me gustas, Lia. Me gustas de verdad. Tu forma de cocinar, abstraída del resto del mundo, tu risa, tu sentido del humor... Incluso me gustas cuando estás enfadada, como ahora, porque un idiota ha hecho las cosas al revés. Llevaba tiempo, mucho tiempo, tratando de reunir el valor para decírtelo. Cuando me decidí a hacerlo, me contaste lo de la web de citas a la que te habías apuntado

y, siendo como eres, seguro que conocerías a alguien que te pediría una cita para este San Valentín. Te pido disculpas por eso, no quise engañarte.

—¿Y la foto de la web?

—De internet.

—¿Y el nombre?

—Me lo inventé. Me entró el pánico, todo sucedió tan deprisa...

—Charlie, ¿has hecho todo esto cuando podrías haber cruzado el pasillo, llamar a la puerta de mi piso y hablar conmigo?

—Hombre, ahora que lo dices... Visto así, de ese modo...

—Charlie... —pronunció en tono de advertencia.

—Sí. Supongo que sí. Tienes que entenderlo, para mí eres más que una cita, no me gustaría perderte como amiga pero si no te decía la verdad acerca de lo que siento, la duda siempre permanecería ahí. Si no sientes ese algo más, lo comprenderé Lia.

—No sé qué decirte, Charlie. Literalmente. Esperaba una cita con Mick, un desconocido de una web; no con mi amigo y vecino al que tantas veces he alimentado.

—Bueno, pues hoy te alimento yo. Abre la caja.

—¿Cómo dices?

—La caja. Está delante de ti. Ya te he dicho que son bombones pero no esperes gran cosa porque los he hecho yo...

—¿Que tú has hecho bombones?

—El escepticismo en tu voz me duele, ¿sabes?

—Perdona. —Se disculpó—. Me ha sorprendido.

Lia abrió la caja, estaba tan nervioso que estuvo a punto de quitársela y terminar de hacerlo él, aunque se controló a tiempo.

Cada uno por su lado, se asomaron por encima del borde del cartón; el interior era una masa negra con bultos. Las paredes de la cajita estaban manchadas, incluida la tapa.

Tenía que admitir que ni recién sacados del congelador tenían la mejor de las pintas, pero aquello parecía...

—¿Pero qué leches ha pasado!? —Exclamó sorprendido—. Dame la caja, le diré al camarero que la tire y te compraré una caja en la tienda mañana.

—¡No! No quiero que los tires. Los has hecho para mí.

—Pero Lia, ya ves la pinta que tiene eso. No puedo dejar que... —Antes de que terminara la frase, introdujo la mano en el recipiente de cartón y se hizo con uno de los bultitos entre los dedos—. Deja eso. No te lo comas. Vamos, no están buenos. —Se lo metió en la boca lamiéndose los dedos—. ¿Estás loca?

Como un poseso, pidió agua al camarero mientras Lia masticaba la masa.

—Toma, bebe. Te ayudará a tragar.

La joven aceptó el vaso y bebió unos sorbos.

—No está mal. Le falta consistencia pero eso ya lo hemos comprobado al abrirla.

—¿Que no está mal? ¡Podría haberte envenenado!

—Tranquilízate, Charlie, nadie se envenena por comer un bombón deshecho. A no ser, que lleve veneno, obviamente. ¿Lo llevaba?

—¡Claro que no! —Respondió ofendido.

—Así que... Bombones.

—Sí. Un mes estudiando la receta, practicando, para... Esto. —Señaló la caja y su contenido.

—¿Un mes? —Lia fue a coger otro trozo de aquella masa oscura.

—Ah, no. No voy a dejar que te pongas mala por comer esto. —Retiró la caja, atrayéndola hacia sí.

—Son mis bombones, Charlie.

—Esto de bombones tiene bien poco. Mañana te compro unos como Dios manda. En una tienda. Unos que hayan pasado control de calidad, de distintos sabores. Y formas.

—No quiero otros, quiero esos.

—Pero, ¿por qué?

—Porque los hiciste para mí, para nuestra primera cita.

—Los hice para decirte que te quiero, en realidad.

—¿Me... quieres?

—Sí. —Admitió.

—Dame esa caja.

—Ah, no.

—Dame la caja, Charlie.

—Promete que no vas a comer ni uno más.

—Lo prometo.

Le dio la caja, con un gesto de la mano, Lia avisó al camarero.

—¿Podría poner esto en el congelador? Nos lo llevaremos después de cenar.

En cuanto se fue el camarero, recuperó la voz.

—Tendrías que haberle dicho que los tirara a la basura.

—Charlie.

Lia se reclinó hacia delante en la mesa.

—¿Sí?

—Cállate y bésame de una vez.

—¿Qué...? ¿Por qué?

—Porque prefiero estar contigo a estar con nadie más.

Porque no concibo un día sin verte, porque prefiero cocinar contigo que para otro, porque tus locuras nunca dejan de sorprenderme, porque has aprendido a cocinar por mí... Y porque creo que yo también te quiero.

Se acercaron el uno al otro hasta que sus respiraciones se entremezclaron, entonces llegó el beso y los aplausos que se alzaron a su alrededor, se convirtieron en un eco de los latidos de sus corazones.

Fin



